

Notas sobre violencia y crueldad en la *Historia de Venezuela* de Feliciano Montenegro y Colón

Marianella Guevara Zerlin

INTRODUCCIÓN

Si se considera que durante los primeros años de la naciente república la formación de la sensibilidad ciudadana se materializa a través de la literatura, puede colegirse que el “fortalecimiento de la moral” se lleva a cabo por la vía de manuales, fábulas y catecismos, instrumentos disciplinantes desde los cuales se busca introyectar el espíritu y conciencia en esos primeros venezolanos.

Además de la lectura, la instrucción y la escolaridad formal, estos instrumentos fungirán como modeladores de pasiones, otorgando un valor descollante a la razón en la unificación y “quietud interior” de los habitantes. Sin embargo, en ese país de papel el cuerpo de leyes no bastará para esa aspiración casi utópica de los gobernantes. De acuerdo a Mirla Alcibádes,

fue el discurso histórico el que ganó sus simpatías, debido a que en el corto plazo de cinco años se sucedieron en Venezuela tres volúmenes dedicados a la materia —dos de ellos aparecidos bajo el auspicio del Presidente Páez (los volúmenes de Montenegro y Colón y de Baralt). Los *apuntes históricas* de Feliciano Montenegro y Colón, de 1837, como cuarto tomo de su *Geografía general para el uso de la juventud de Venezuela* fue el primero, al cual siguió el *Resumen de la historia de Venezuela* de Francisco Javier Yanes. Páez no dejó testimonio expreso relativo a las razones que lo llevaron a auspiciar la publicación de los volúmenes de 1837 y 1841. Pero a pesar de ese silencio, no puede descartarse el hecho de que ante la importancia que se le comenzaba a otorgar al sentimiento patrio, se pensará en el libro de historia como mecanismo para fortalecerlo¹.

1 ALCIBÁDES, 2004, p. 120.

En el contexto de una construcción del “discurso histórico” se articula y se ordena geográficamente la “naciente nación”, gracias, además, al inédito aporte cartográfico del italiano Agustín Codazzi, obra que marcará una diferenciación identitaria única, en cuanto a lo que compete a la realidad fáctica, frente al resto de los países grancolombianos.

Vista así la fundamentación del discurso historiográfico que emerge por iniciativa de Páez, se ejecuta con el objeto de suministrar una respuesta imperante de información sobre nuestra territorialidad, nuestros orígenes, temporalidades y gestas, traducándose en la construcción del *epos* que constatará aquello que nos unificará y nos diferenciará del resto.

FELICIANO MONTENEGRO Y COLÓN, UN PATRIOTA REDIMIDO

Feliciano Montenegro y Colón, caraqueño, hijo de peninsular y criolla, cursa estudios de filosofía en la Universidad de Caracas. Del Batallón de Veteranos de Caracas es transferido al Batallón de la Reina, en la Península. A fines de 1810 es comisionado para restituir las relaciones interrumpidas entre la Regencia y la Junta Suprema de Caracas. Al arribar a nuestro territorio en 1811, y poco tiempo después de su llegada, Montenegro y Colón se incorpora, gracias al Gobierno de Venezuela, como Oficial Mayor de la Secretaría de Guerra. *A posteriori* escapa a las islas del Caribe, hecho que es conocido como “la huida de Montenegro”, imputándosele varios delitos. Vuelto a España se alista en la guerra y en 1816 ingresa al Ejército Expedicionario de Morillo. Asimismo se sabe de su participación en la Batalla de Carabobo, en las huestes realistas. De inmediato pasa a España, para regresar en 1822 a Cuba. De ahí se transfiere a México donde se convierte en gran inspirador de la revolución para la liberación de la isla antillana. Finalmente se muda a Estados Unidos donde solicita la autorización para regresar a su país. De ahí en adelante conocemos a Feliciano Montenegro y Colón como el fundador del conocido colegio “La Independencia”, el 19 de abril de 1836, donde estudian los hijos de los héroes de las “grandes gestas decimonónicas”. Páez, en su *Autobiografía* reconoce en Montenegro al propulsor de la educación privada del país, en el marco de las circunstancias más adversas:

Deplorable era el estado de la instrucción pública en Venezuela, cuando durante mi primera presidencia se presentó a Caracas el Coronel Feliciano Montenegro y Colón. (...)

Ganoso de desagaviar a la patria, contra la cual había desplegado toda la actividad de sus talentos, Montenegro se dedicó a trabajos científicos con objeto de regalar a Venezuela alguna obra que fuera crédito de las riquezas de su suelo, y testimonio de las glorias militares que él mismo había presenciado, sirviendo en el contrario bando(...) Presentó a Venezuela el nunca bien ponderado trabajo que modestamente llamó *Compendio de Geografía*, añadiéndole una completa relación de la contienda revolucionaria; libro que es la mejor autoridad sobre los sucesos de aquella época.(...) Para la actividad de un hombre como Montenegro, era esto hacer bien poco, y se propuso dedicarse a la educación de la juventud venezolana con la constancia que le era característica (...) A pesar de muchas prevenciones que contra él había, acogí con calor su idea de establecer un colegio, y le entregué mis hijos para que le ayudaran a costear los gastos (Maracay, mayo, 27,1836) ².

Más allá de los aportes que testimonia el prócer sobre la gestión pedagógica de Montenegro, su trayectoria es justipreciada por los medios impresos de la época como una trayectoria “encomiable” que abre un vestigio de civilización, civilidad y “urbanismo” a esa generación “disturbada” que se levantaba inmediatamente después de la gran guerra.

ALGUNOS RECURSOS UTILIZADOS EN LA HISTORIA DE FELICIANO MONTENEGRO Y COLÓN

Importante es detenerse en algunos de los artilugios técnicos recurrentes en el sujeto escriturario a objeto de visualizar, en su totalidad, y en orden de importancia, el tejido interno, orden estructural al que apela Montenegro para fundamentar su poética histórica. Calificada esta obra como un texto polifónico, por cuanto echa mano de distintas fuentes y referencias históricas, citas como influencias directas, véase Humboldt, Oviedo y Baños, y Torrente, así como partes de guerra, publicaciones periodísticas como la *Gaceta de Madrid*, a fin de imprimirle verosimilitud al discurso. Revisemos la siguiente cita a pie de página:

Esta parte histórica sobre la internación de Spira y Federman hasta el pueblo que el primero llamó de *Nuestra señora*, y el segundo, de la *Fragua*, la hallo sumamente oscura; porque expresando Oviedo, fol. 92 de su primer tomo, que San Juan de Los Llanos había sido fundado en el lugar que aquél ocupaba, no es presumible sea el de la *Fragua*, como se dice al folio 118, pues está situado muchas millas al Sur $\frac{1}{4}$ Suroeste. ³

2 Citado en BOULTON, 1960, pp. 30-31.

3 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 128.

En algún otro llamado, los pie de página se emplean para enriquecer la interpretación de los sucesos narrados en el cuerpo central por el historiador, en una lectura más amplia. Veamos qué podemos deducir de la siguiente referencia:

La historia de Venezuela es la de Colombia, de que se ha dado una sucinta relación al hablar en el tomo 3, de la Nueva Granada y del Ecuador, y también en la parte histórica del Perú y Bolivia, hacia donde marcharon sus huestes vencedoras, haciéndose acreedoras a la gratitud de los peruanos. Sólo, pues, me resta pues hacer mención de los sucesos de Venezuela, enlazándolos con los de aquellas repúblicas; pero con el sentimiento de tocar muy ligeramente aún los más principales; porque siendo escasa mi fortuna y habiendo ocurrido al Ejecutivo para que me proporcionara un amanuense, nada se obtuvo de la cámara de Representantes (...) y antes bien la comisión condenó al sueño mi solicitud, apoyada eficazmente por el mismo Ejecutivo, a quien no podía ser indiferente la generosidad con que le he cedido toda la obra, sin la menor indemnización por papel, escribiente, etc. (...).⁴

Montenegro escribe como respuesta a una historia escrita por Don Mariano Torrente, desde la mirada del otro, visión realista donde la perspectiva patriota colide, convirtiéndose en una posición análoga, gracias al enfoque maniqueo que uno y otro historiador defienden. Para Torrente, un patriota era un animal “ponzoñoso, alevoso, malvado y cruel”. Deten-gámonos en el ejemplo siguiente:

Torrente al hablar en el fol. 455, tomo 2º, de su Historia, de la pérdida de los patriotas en el Rincón de los Toros, después de haber comparado a Bolívar con los insectos ponzoñosos, los animales feroces y las aves de rapiña, dando también el dictado de perverso a Silvestre Palacios, cuyos denuestos no deben extrañarse en su relación, porque en su concepto no había un solo americano digno de algún elogio, así como en el del pacificador todos eran malvados, asesinos y canallas: pudiendo disculparse en este semejante lenguaje, porque no podía tener otro un soldado sin principios, se hace muy vituperable en aquél pues el que escribe para la posteridad está obligado a reconocer, aún en sus enemigos, las virtudes que los distinguen. Pero Torrente no sólo se propuso prodigar aquellas y otras injurias, sino que, con el afán de sacar por héroes e invencibles a los de su nación, olvidó del todo que podían ser desmentidas sus relaciones, (...) ¿Y qué crédito podrá merecer un historiador, que falta a la verdad con este descaro, cuando ha debido leer lo ocurrido desde aquel año en Venezuela, Nueva Granada, Quito y Perú?⁵

4 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 162.

5 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 413.

Por lo que se desprende de lo anterior, la historia de Montenegro es justa, “verdadera”, posee datos oportunos, fidedignos y verificables, en cuanto a que él sí identifica las aberraciones y alteraciones en las que abusiva y reiteradamente apela el español Torrente. Mientras tanto Montenegro reescribe la historia para reivindicar lo efectivamente acaecido.

Curioso es el uso casi exasperado que el venezolano hace de su propia autorreferencialidad, distanciándolo de consistencia a su extensa retórica discursiva, empañando la verosimilitud del discurso, ante un lector atento y suspicaz. Sin embargo, la lectura a dos voces que es posible arriesgarse a hacer desde las notas a pie, puede decirse que actúan como apuntadores que enmiendan, cada tanto, sistemática y sostenidamente, resaltando como una curiosa estrategia de autor. Visión revisitada que agrega personalidad al anecdótico que principalmente se cuenta, acontecimientos a los que el lector se detiene para reconstruir el orden del discurso y, por ende, enriquecerlo.

Igualmente la voz que erige el discurso narrativo, alimenta, exalta y “personaliza” la propia historia que transcurre; emite juicios de valor que si bien entorpecen la labor del historiador, le otorga un *plus* a la escritura. Veamos:

Escribo este pliego y lo mando a prensa hoy 30 de octubre de 1835, cuando se está derramando la sangre venezolana en nuestro territorio, y protesto ante mis conciudadanos, que mi corazón se ha llenado de la más profunda aflicción al considerar, que en el momento de copiar aquellas líneas, se están cumpliendo los cotos de Fierro, y que semejantes desgracias se nos procuran, no por los españoles, sino por un corto número de veteranos que, abusando del distinguido título de libertadores, se han olvidado de sus cicatrices honrosas y lanzándose inconsideradamente contra los pueblos en una lid sangrienta, que probablemente terminará con su ruina, atrasando por muchos años a su patria.⁶

En esta apreciación, lejos de parecer su posición imprudente en su rol de historiador, es una advertencia que en Montenegro alude a lo contrario. Los señalamientos que insinúa son los de cualquier ciudadano casado con sus procesos diarios. Precaución y advertencia que ejerce el intelectual, y que finalmente toma la forma que todos conocemos,

6 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 296.

La *Historia* de Montenegro cuenta la grande historia, el *epos heroico*, inscrito dentro de la categorización de la historiografía venezolana como la “historiografía de la independencia”, periodización que “vio acuñarse sus criterios interpretativos e el curso mismo de la lucha política y militar que corre en documentos del Estado, alegatos, justificativos, textos bolivarianos, etc., y que prosigue ya lograda la independencia, en forma de relaciones, narraciones e “historias”, cuyos objetivos iban desde el muy general de justificar la independencia hasta los muy particulares de probanza de méritos o de imputación de responsabilidades. Su expresión sintética es la noción de “historia patria”.⁷

LA CRUELDAD Y SUS VISIONES

Visto así, e inscrito Montenegro dentro de una corriente épica, con la intención de reivindicar la gesta patriótica, la historia por revisar es sin lugar a dudas una historia de parcialidades, una lectura que lejos de resultar ecuánime, se convierte en una justificación continua, desde su propia perspectiva.

En tanto a la crueldad y sus tesisuras, valoraciones y valuaciones cabe destacar cómo se aborda el tema de la crueldad desde el bando realista y de qué manera se afronta desde las huestes patriotas. La crueldad, etimológicamente, es un latinismo que *in stricto sensu* significa complacencia por la sangre, ser sanguinario, ser cruel, duro, insensible, inhumano. Cultura que bien se alimenta y se exacerba durante las guerras. Roto el sentido de tolerancia, la civilidad y el civilismo, los seres humanos entran en polémica, en *bellum*, en guerra, mutándose en un espiral *ad infinitum*, donde la negociación es un hecho irresoluto.

Montenegro, al referirse a esa crueldad que expresa sufrimiento, dolor, desesperación, furia y arrebató, le otorga diversas valoraciones: pasar las armas, llevándolo todo a sangre, pasar a cuchillo, ocupándola a fuego y sangre, entre otras alusiones. El poder y la crueldad, en algunas ocasiones, aparecen asociados. A continuación observemos la opinión de Montenegro sobre los europeos, en una cita a pie de página, donde sin duda usa para corregir, enmendar y accionar su propia opinión sobre el decurso de los acontecimientos:

Es digna de consideración la conducta de los españoles en el Nuevo Mundo en cuanto a su deseo de mandar: el mando era su ídolo, y para obtenerlo no reparaban en los

7 CARRERA DAMAS, 1997, p. 710.

medios, por más torpes y arriesgados que fuesen, y aunque solamente lo ejerciesen por un corto tiempo: miraban el mando, no por el honor y la gloria que en sí tiene y comunica, sino como un medio de satisfacer las pasiones.

La historia está llena de estos hechos y basta recordarlos aquí. Roldán en Santo Domingo, (...) los Pizarros, Blasco Núñez, Carbajales y Aguirres en el Perú..

De cualquiera de estos modos que el español obtenía el mando, nunca era para hacer el bien y felicidad de los mandados, sino para cometer todo género de maldades y abominaciones. La conducta, empero, del gobierno español y sus delegados no fue siempre la misma con tales usurpadores (...)

Lope de Aguirre en el Perú mató al gobernador Pedro de Ursúa y otros varios sujetos; proclamó y juró por príncipe del Perú a don Fernando de Guzmán; después quitó la vida a éste y toda su comitiva, y se tituló *caudillo de la nación marañota*, recaló a Margarita y así en esta isla como en Borburata, Valencia y Barquisimeto, cometió horrendos crímenes y estupidas crueldades...⁸

El ejemplo anterior pareciera ratificado en el discurso histórico de Montenegro, en una suerte *continuum* permanente y sostenido. La parte realista, ya desde el inicio de la contienda se perfila y se institucionaliza, a opinión del historiador, como altamente cruel y violenta. La valoración de ira, ardor y furor, con relación a las poblaciones, a los grupos familiares y a las personas imparciales que se involucran o no en la contienda, a veces varía o toma más fuerza; mucho más sobre aquellas identificadas con la *pléyade* de personajes que acompañan y apoyan la causa republicana: humilladas, vejadas, violentadas y en muchos casos vulnerados en su integridad física y emocional. En otra apreciación semejante, señala:

De esta manera (dijo con verdad más adelante el general Bolívar, bosquejando el cuadro de las calamidades con que Monteverde había afligido a Caracas desde su entrada en la capital) el pueblo sin atreverse a dudar y menos a creer que Monteverde fuera tan hipócrita y descarado (se refiere a la alocución citada) estaba tímido y vacilante, cuando el 14 del mismo mes, destacadas por la ciudad y los campos partidas de isleños, catalanes y otros europeos, y dirigidas las órdenes a los satélites del interior de la provincia, comenzaron las prisiones de los americanos. Viéronse los hombres del tiempo de la república arrancados del seno de sus mujeres, hijos y familias en el silencio de la noche; atados a las colas de los caballos de los tenderos y gente más soez, conducidos con ignominia a las cárceles, llevados a pie unos y otros en enjalmas, amarrados de pies y manos a las bóvedas de La Güaira y Puerto Cabello, encerrados allí con grillos y cadenas y entregados a la inhumana vigilancia de hombres feroces. ⁹

8 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 293.

9 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, pp. 231-232.

Poco tiempo duró la estadía de Monteverde en el país, si evaluamos el gran daño, las tropelías y los actos de pillaje que ocasionó el personaje en el territorio nacional. Los ataques y despliegues de Monteverde comenzaron desde el occidente y se extendieron al oriente. Dispuesto él y sus secuaces a todo, intensificaron la contramarcha patriota y arreciaron sin duda, los niveles de ferocidad y de injusticia. Recalemos sobre la siguiente cita:

El 15 de diciembre del año 1812, llegó Cerbériz a Cumaná "Los soldados cogfan a discreción las víctimas de sus resentimientos o de los ajenos (dijo el Fiscal de la Audiencia en el año siguiente, informando sobre aquellos desórdenes) y los conducían como criminales al receptáculo de los proscritos".¹⁰

El cruel Cerbériz, a las órdenes de Domingo de Monteverde es famoso por sus confiscaciones de bienes a los presos de La Guaira y por los procedimientos de represión en Cumaná. Fueron tales los desmanes de este personaje, que fue denunciado por sus propios connacionales, por sus abusos en la ofensiva de Cumaná. Él mismo le aconseja a Monteverde acabar con todo aquel que disienta del régimen recién instaurado. Cerbériz o Zuazola, dos rostros con un mismo reflejo:

Era llegado el mes de marzo en que varias partidas de Maturín se habían extendido hasta la villa de Aragua y mientras que las pocas tropas de Marifío estaban empleadas en sostener el punto de Irapa contra los ataques de la escuadrilla española que dominaba el golfo Triste, a las órdenes de don Francisco Sales Echeverría, o en hacer incursiones hacia Yaguaraparo, adonde se había retirado Cerbériz, fue derrotada en los *Magüeyes*, una de las partidas mencionadas, por el subteniente don Antonio Zuazola, que destinado por Monteverde, a reforzar a Cumaná con 300 hombres, había salido de ella, para citarse en la precitada *Aragua*, en donde también batió en el 16 otra partida, después de haber quemado en el tránsito las casas de los pacíficos habitantes, que eran además mutilados y asesinados sin la menor piedad; dicho oficial no perdonó a ningún prisionero en las acciones indicadas y tuvo por placer la cruel osadía de publicar (...) en el pueblo un bando, y de repetirlos con nuevas protestas, invitando a los hijos del país para que se le presentaran, bajo la seguridad de no ser maltratados ni perseguidos. Se le presentaron muchos, y cuando los hubo reunido, los mandó a asesinar sin excepción, precedidos el atroz tormento de hacer desjarretar a unos; unir a muchos por las espaldas, cosiéndolos por los hombros, cañafares con una tira de cuero y cortar las orejas y desollar a otros.¹¹

10 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 237.

11 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 239.

Importante es destacar que luego de este cruento relato, Montenegro llama a la reflexión a cómo se interpreta la historia de Torrente en este suceso. Observemos qué opina nuestro autor del juicio de Torrente al respecto:

(...) todos estos hechos abominables y poco comunes aun entre salvajes, sólo pueden calificarse de *tropelías, actos violentos e impolticos hijos de las circunstancias*, como perpetrados por sus compatriotas; la atrocidad, la alevosía, el perjurio, la infamia, el sacrilegio y todo lo más execrable a que siempre se lanzaron los españoles en el Nuevo Mundo sólo conviene, en su concepto, a los americanos porque recuperaron su libertad.¹²

No quedan dudas de que el derramamiento de sangre y la crueldad presente aupaban la violencia continua, repetida y trepidante que arreciaba en la medida que transcurrían los días y los meses, y la guerra civil se visualizaba como un hecho insoslayable. Muchos eran los venezolanos que participaban en la vanguardia de los cuerpos de guerra realistas, y en algunos casos nuestro autor lo hace ver como detalle curioso, donde constata que la guerra independentista se libró entre los propios connacionales.

Revisemos la salida de Domingo de Monteverde del país:

Tal era a fines de 1813 el estado de todo este país, que envuelto en sangre por culpa de Monteverde y de sus subalternos se hallaba destinado a ser el teatro de otras escenas encarnizadas, resultado preciso de su incapacidad e insubordinación y de la criminal interferencia con que el gobierno peninsular había oído las noticias de tantos desastres, sin adoptar una sola medida para impedirlos, siquiera con el objeto de eximirse de la nota de complicidad, de que justamente era sospechado por los mismos que sostenían la causa del rey y detestaban semejantes iniquidades. El mencionado Monteverde, desacreditado entre los de su facción y desobedecido de sus oficiales, fue depuesto en Puerto Cabello en 28 de diciembre por los voluntarios europeos y obligados a los 11 días a embarcarse para Curazao, execrado de cuantos lo conocían.¹³

Defenestración que los mismos peninsulares avalaron, gracias a los desmanes y los abusos continuos cometidos por Monteverde. Pese al poco tiempo que permanece en el país, se ensaña contra los republicanos y sus ansias de destrucción se exacerban a tal extremo, que llegan a resultar contraproducentes para el mismo reino peninsular. Sin embargo, el texto de Montenegro da para concluir que la corona hispana, pese a las señales y manifestaciones expresas y patentes de Monteverde sobre la incapacidad

¹² MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 240.

¹³ MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 262.

del militar en ejercer de manera tan sangrienta el cargo de Capitán General de la Provincia venezolana, hace caso omiso, como si en el fondo le conviniera el derramamiento de sangre que se avecinaba y que marcaría casi la primera mitad del siglo XIX. *Divide et impera*.

EL GRAN ABANICO DE LA CRUELDAD: PATRIOTAS Y REALISTAS

La violencia patriota, minimizada siempre a grandes rasgos y sin caer en mayores pormenores, es justificada dignamente de parte de Montenegro. Sin duda alguna su historia dista mucho de ser objetiva y ponderada, mucho menos cuando se compara taxativamente la violencia realista frente a la violencia patriota. Sin embargo, a hechos tan escandalosos como la guerra a muerte, leamos las palabras que coloca el autor:

En el mismo día 12, hallándose de gobernador interino de la provincia de Caracas el Coronel Juan Bautista Arismendi, principiaron a ser exterminados los españoles de la capital, La Güaira y otros pueblos, en donde habían sido tratados hasta aquella fecha con benignidad, sin embargo de las matanzas ejecutadas en Puerto Cabello, en venganza de la pena impuesta a Zuazola; y no obstante hallarse vigente el decreto de 15 de junio, mandado poner en práctica desde dicho día, a vista de las atrocidades de Boves en la Puerta y en Cura y de las que cometía entonces Rosete en Ocumare, cuyo templo y altares fueron empapados con la sangre de los infelices que creyeron sería respetado aquel asilo sagrado. Muy cerca de 1.000 peninsulares y canarios regaron con la suya, en pocos días, esta tierra de calamidades, y derrotado luego Rosete en *Charallave* el 20 por el general Ribas, también fueron fusilados muchos de los prisioneros en represalia de más de 300 víctimas, incluidas varias mujeres, que habían sido sacrificadas durante su permanencia en Ocumare.¹⁴

Detengámonos en este segundo ejemplo:

El 30 de julio debe ser de fatal recuerdo para todo el que comprenda la villanía cometida en La Güaira por los tres venezolanos que, llevados de miras diferentes, se coligaron para que el general Miranda cayera en poder de Monteverde, reduciéndolo a prisión a las cuatro de la madrugada de dicho día, oprobioso del pueblo a que pertenecían y de la causa que habían seguido, mercediendo buen nombre entre sus compatriotas. Una acción abominable no podía desagradar al jefe que, meditando persecuciones, había despachado órdenes en la misma fecha al jefe militar de aquel puerto, para impedir el embargo de los que huían a buscar asilo en países extranjeros; ni éstas podían dejar de ser ejecutadas por el que sin ellas había incurrido en aquella criminal torpeza: fue, pues, obedecido Monteverde con puntualidad y se mandó a hacer fuego sobre las embarcaciones que daban la vela: se echó a pique el paillebot *William*, en donde pere-

14 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 267.

cieron algunos pasajeros; quedaron así comprometidas en tierra, más de 400 personas, cometiendo luego el mismo comandante militar la bajeza de denunciarlas al español Cerberiz, que lo relevó en la tarde de aquel aciago día por orden de Monteverde, para quien no era suficiente el inicuo modo de obrar que había observado el relevado; se principió inmediatamente la persecución atroz que sirvió en aquella misma noche para sepultar en las bóvedas al inspector general Ayala, a los coroneles y tenientes coroneles Juan y Rafael Castillo, Juan Padrón, José Mires, Tomás Montilla y Benis y Chatillón, y otros distinguidos patriotas; se extrajo en el 31 de un buque americano al canónigo Madariaga, a quien se afligió de la manera más inhumana en uno de aquellos encierros; se sacó de las embarcaciones un gran número de equipajes de que se hizo dueño Cerberiz, sin otro derecho que el de su genial rapacidad ¹⁵.

Si bien es cierto las descripciones y narraciones sobre la violencia y la crueldad de la guerra y sus hechos son más patéticas y exageradamente detalladas cuando se relatan las actividades en manos de los realistas, es importante puntualizar que suspendido el diálogo y la razón de negociación entre las partes en pugna, y declarado abiertamente el conflicto, los niveles de crueldad son, según la perspectiva como se aborde, tan inaceptables sea de un bando como del otro; a excepción del caso de la voz del sujeto escriturario de la narración histórica que nos compete, cuando expresamente constituye un razonamiento “de peso” en lo que concierne a la gesta independentista y todas las argucias a las que recurre para obtenerla. En este caso, cualquier recurso es válido para alcanzar los objetivos.

Es así que nos sirve el ejemplo que de inmediato se transcribe, y que alude a una situación puntual. Revisemos el párrafo:

La pequeña columna con que Briceño se presentó a Bolívar en San José de Cúcuta se componía de gente reclutada en Cartagena y la había conducido hasta aquel pueblo, manteniéndola a su costa; pero siempre inspirarán horror las condiciones del convenio celebrado en aquella plaza el 16 de enero entre el mismo y seis o siete de sus oficiales, en la mayoría extranjeros, que lo suscribieron, ofreciendo al mundo civilizado el testimonio más encarnizado del odio concentrado y frenético con que aquel republicano aspiraba a vengar en todos los españoles las atrocidades cometidas por los de su nación. Lo mismo Bolívar que Castillo, desaprobaban por escrito en 20 de marzo dos de las proposiciones contenidas en el convenio; pero apenas marchó Briceño hacia San Cristóbal con el mando de la caballería, no sólo publicó en 7 de abril un bando en que les declaraba, sin excepción la guerra a muerte y autorizaba a los esclavos para matarlos, bajo la oferta de concederles la libertad, sino que ejerció su frenesí en dos españoles pacíficos de la misma villa y remitió sus cabezas a Cúcuta en el 9, envanecido con su feroz locura, que reputaba como remedio eficaz para alejar de su patria a los demás, y que agravó, con otros rasgos abominables, concluyendo al fin con desobedecer a Bolívar, pues en

15 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 229.

el momento que comprendió su indignación y la resolución de juzgarlo, desertó con su tropa hacia Guasualito. ¹⁶

Cuánto se ha de diferenciar la actitud de Antonio Briceño de la que finalmente el mismo Bolívar decreta el 15 de junio del año 13. Se conocen todos los desmanes de la guerra que, si bien no declarada formalmente a muerte, se deduce, gracias al comportamiento tanto de Monteverde, Cerbériz, Zuazola y Rosete, entre otros. En esa funesta ley Bolívar institucionaliza la pugna sin cuartel, igualando las instancias de crueldad y violencia entre ambos bandos adversarios.

Continuemos revisando este "crítico" momento histórico:

En 10 del precitado mes, antes de dicha acción, había quedado Bolívar en la enunciada Trujillo, dando en ella el 15 el decreto por el cual declaró *guerra a muerte contra los españoles y canarios* que no obraran activamente a favor de la libertad de Venezuela y *ofreció seguridad a los americanos*, aún cuando fuesen de los extraviados. Este fue el resultado de la mala fe y tiranía de Monteverde y de su criminal conducta hacia los hijos del país, cuyos asesinatos y persecuciones había autorizado bajo la salvaguardia. Este fue el resultado de la mala fe y tiranía de Monteverde y de su criminal conducta hacia los hijos del país, cuyos asesinatos y persecuciones había autorizado bajo la salvaguardia de las más solemnes promesas, haciendo observar constantemente la máxima favorita que luego adoptaron todos los españoles, a saber: de que era un bien para la España que desaparecieran en los cadalsos y en las batallas cuantos hubieran visto la luz primera en el Nuevo Mundo, pertenecientes o no a su partido. ¹⁷

A todo lo anterior se agregaría, más allá de la manifiesta y patente consideración de la guerra a muerte por parte de Bolívar, que ésta se articula como consecuencia de las inclemencias, injusticias y desmanes cometidos por los peninsulares desde Monteverde y por la exacerbación de sus acciones frente al ideal de los americanos. De ello se deriva, gracias a una aclaratoria a pie de página que hace Montenegro y Colón incorporándose como arte y parte de la narración, que el decreto de "guerra a muerte" es consecuencia de la necesidad de sobrevivencia de los venezolanos:

Por más que la humanidad se estremezca al contemplar esta clase de represalias, en fijando la consideración sobre la suerte de los venezolanos, que eran dominados por los reconquistadores, el derecho de conservarse es muy suficiente para disculpar al menos un decreto designado por la primera de las necesidades. Obsérvese además que la exis-

16 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 245.

17 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 247.

tencia de los españoles jamás peligró en Venezuela cuando eran indultados, lo que no sucedía a los del país, pues siempre eran víctimas de la mala fe, como se comprobará mejor al referir las matanzas dispuestas por Morillo, Moxó y Aldama, a semejanza a las de Cerbériz, Antofianzas, Zuazola, (...) Boves, Morales, (...) y otros.¹⁸

En lo sucesivo, el decreto se desdibuja y se diluye en el propio texto, mencionándose las marchas y las confrontaciones con las que va experimentando Bolívar a lo largo del territorio hasta llegar a Caracas, al encuentro final con Monteverde y la estampida de éste hacia Puerto Cabello:

En el curso del camino, invita a los extranjeros "para que se establecieran en el país bajo la protección del gobierno y las garantías de propiedad y seguridad y ofrecido en la misma alocución el título de ciudadanos a los que se alistaran en las filas independientes."¹⁹

Pese a eso la escalada de guerra a muerte se extiende durante todo el año 14, y hace que Bolívar comience a suavizar el decreto que, si bien lo ratifica en la toma de Puerto Cabello, lo reivindica entre líneas, en una suerte de negociación con Monteverde, por el canje de prisioneros patriotas y viceversa, o como Zuazola que finalmente es ahorcado, hecho que según Montenegro "tenía bien merecida (o)" (sic)²⁰. Al respecto, comenta:

En el año de 1814 se multiplicaron las operaciones militares extraordinariamente, y muy pocos fueron los días en que no se derramara sangre, o por efecto del furor ambicioso de los españoles, o por las represalias con que les correspondían los patriotas, o en las escenas de guerra parciales y generales que se sucedían con frecuencia y alternativamente venciendo o siendo vencidos" (...) Año difícil si comprendemos que la llegada de Bolívar el año anterior, no frenaron las confrontaciones entre unos y otros. Se arrecian los conflictos, el territorio se encuentra dividido y diezmado por la guerra. Los combatientes se desplegaban estratégicamente en una guerra sin cuartel: Campo Elfas en Villa de Cura, Mariño en la Villa de Aragua, Urdaneta en Barquisimeto, "Valencia se hallaba circuida de guerrillas realistas que no dejaban respirar a sus vecinos, y que desde el sitio de los Naranjos en especial, y otros próximos a la laguna, invadían osadamente los pueblos de las cercanías, matando y robando a su antojo."²¹

Fracasos y triunfos alteraban el rumbo de un bando y de otro, la guerra a muerte continuaba sin prefigurar fin alguno. A este punto, la razón de

18 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 247.

19 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 250.

20 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 251.

21 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, pp. 263-264.

ser u origen de tanta violencia se desconoce y se desdibuja en el panorama. Las causas por las cuales se pelea a muerte se difuminan en el horizonte. Las acciones se suceden como una cadena de grandes y pequeños eventos. Montenegro fija su atención en personajes como Rosete y Puy:

Los asesinatos cometidos por el catalán Puy en el corto tiempo de su mando en la mencionada ciudad (Barinas) y el modo con que eran ejecutados, sólo podrán hacerse crebles a los que, renovando la execrable memoria de otros monstruos de ferocidad, se tomen la pena de compararlos: diariamente se daba muerte por la noche en la ribera del Santo Domingo a porción de hombres que, sin haber tomado parte en los negocios políticos, eran conducidos a lo que llamaban *el baño*.²²

Como "reacción" a esta seguidilla de atrocidades, sean de Boves en Cura y en La Puerta, los patriotas, según Montenegro, exterminan como represalia a algunos españoles de la capital, La Guaira y otros pueblos: Muy cerca de 1000 peninsulares y canarios regaron con la suya, en pocos días, esta tierra de calamidades.²³ Crueldad que el autor le dedica unas pocas líneas de forma esquemática y sucinta. Suceso lamentable donde los patriotas reaccionan ferozmente, para algunos autores, acción soslayada y minimizada por Montenegro. Valoración del hecho histórico, parcialidad del discurso, a conveniencia de aquel que escribe, y de lo que espera dejar como testimonio.

Sigamos con el otro personaje: el fasto de Boves. José Tomás Boves venía azotando con fuerza, dirigíase a la capital, pasando por Valencia, dejando su impronta de fuego, violaciones, atacando y azotando con desesperación y malidicencia las poblaciones previas a Caracas. ¿Alguna diferencia en el perfil de esta nueva encarnación del mal? Maniqueísmo, categorización diferenciada entre buenos y malos, justos e injustos. Señala nuestro autor:

...después de evacuada en el 6 por Bolívar, que se retiró con Ribas a Barcelona, siguiéndole en el 7 una inmensa emigración, que nunca deja de recordarse sin espanto y lágrimas por cuantos presenciaron las calamidades y las fatigas de tantas personas de todos los sexos y edades que se alejaron de su patria para no volver a verla jamás, o por haber sucumbido a la miseria y el hambre, o por haber sido sacrificadas en cuantas partes pudo alcanzarlas la ferocidad de los realistas.

22 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 260.

23 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 267.

Los principales artículos de la capitulación se redujeron a la seguridad de las vidas y propiedades de cuantos existían dentro de la plaza, así militares, como paisanos, sin que pudieran ser molestados por hechos u opiniones anteriores, para lo cual ofreció Boves, como garantía, *su vida, y palabra de honor*, protestando ante *el Ser Supremo, guardarlos, cumplirlos y ejecutarlos*, y hacer que *se guardaran, cumplieran y ejecutaran*. Y en cuya *observancia* hizo luego pasar a cuchillo todos los oficiales y sargentos prisioneros, escapando el gobernador Escalona, por haber hallado modo de ocultarse y fugarse. La misma suerte tuvieron todos los vecinos blancos de la expresada ciudad, excepto alguno que *brindó* por la *ruina total* de los patriotas, o tuvo protectores en los sujetos de Caracas que acompañaban a Boves y fueron testigos del saqueo de la población, entregada al furor de una soldadesca sin disciplina que, ansiosa de complacer a sus jefes, robaba y mataba, proclamando a la vez al rey Fernando en presencia de D. Juan Manuel Cajigal, cuyo título de capitán general no le eximió del desprecio y humillación insultante que debía esperar de un guerrillero audaz, que llevó su atrocidad al extremo de obligar a las señoras doloridas por la muerte de sus hermanos, hijos y parientes, a que cantaran y bailaran en la noche siguiente a sus asesinatos.²⁴

El dolor del otro causaba en las huestes de Boves un placer rayano con lo patológico, Montenegro es minucioso en el detalle, plástico, descriptivo, exacerbado. A la desgracia de las familias que sobreviven, se le agrega el hecho que son obligadas a sonreír y de alguna manera a festejar su desaparición.

Quizás, en este punto sea pertinente tomar algunas consideraciones, vale decir las acciones y reacciones que acaecen durante el período que va, entre la caída de la Primera República, el paso de Monteverde, la capitulación de Miranda, el decreto de Guerra a Muerte, Puy, Rosete, la inclusión de algunos secuaces realistas, la presencia de Boves, la matanza de La Guaira y la llegada de Morillo. Todo lo anterior porque pareciera que el conflicto de la guerra, en sus términos más esenciales y crasos se circunscribe a una cadena de acontecimientos de acción y reacción.

En algunas ocasiones la violencia de la guerra facilita y alimenta la *vendetta* personal y la infidencia. Es momento de la venganza enmascarada en la persecución por la diferencia de tomas de posición:

Así se pasaron también los primeros día de octubre y en el 15 se presentó Boves sobre Cumaná, ocupándola a fuego y sangre en el 16, a la cabeza de más de 2.000 hombres, que asesinaron indistintamente a cuantos encontraron en las calles y plazas, sin libertarse de su furia las personas refugiadas en los templos, pues les extrañan sucesivamente y las daban muerte, precedidas las cortas indicaciones de, *éste es caraqueño; éste parece patriota*. Se singularizó en esta ocasión por su crueldad y baja un oficial, que por

24 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, pp. 283-84.

resentimientos particulares extrajo a Carmen Mercie de la iglesia del Carmen, adonde se había refugiado, dándole muerte, no obstante hallarse grávida, a presencia de Boves que celebró con risa el asesinato.²⁵

Como la otra figura emblemática de esta cohorte de personajes que por el momento sustituye, Boves supera las acciones de Domingo de Monteverde y del resto de los que le anteceden y los que le suceden. Colaborador del anterior y a las órdenes de Antoñanzas, el sanguinario asturiano realiza tantas atrocidades como son conocidas en la entonces provincia oriental durante la “Segunda República”, al punto que su propio capellán, José Ambrosio Llamozas. “atribuye (sic) (sus acciones) pocos años más tarde a ‘la insaciable sed de sangre de Boves’:

También merecen referirse otros acontecimientos pertenecientes a la historia del precitado año, en que gobernada Venezuela inmediatamente por el ya nombrado Moxó, elegido por Morillo para oprimir a sus habitantes, debe aquél ser considerado como el instrumento más adecuado que podía éste haber encontrado para facilitar los progresos de una causa que contrarió al principio la mayoría de la población en la manera que le fue posible; que sostuvo luego un número más crecido, a consecuencia de las persecuciones y atentados, perpetrados en tiempo de Monteverde, de Boves y de Morales y que, por último, acabó de consolidarse durante el mando de Moxó y del pacificador, a quienes imitaban muchos de sus subalternos, los cuales se reputaban dueños de todo, figurándose sin duda que habían asegurado para siempre el título de conquistadores, cuando debieron haber conocido que la mayor parte de sus triunfos los obtenían por la cooperación de otros venezolanos que seguían la causa de España.²⁶

Espíritus exaltados y enardecidos que abogaban por la guerra como única razón a fin de solventar tal coyuntura, Monteverde, Boves o Moxó, ¿qué importaban? Causas, consecuencias o brazos ejecutores, se acogan a los mandatos de un poder superior y “omnímodo”. Desbordamiento que *a posteriori* costaría casi un siglo por reordenar un país escindido por odios y diferencias. Montenegro en tanto actor activo y político de esta historia no alcanza a distanciarse de tantas emociones y continúa señalando:

Los expedicionarios, empero, no supieron distinguir la diferencia que había desde la época de la conquista, entre los desarmados e ignorantes indígenas y los habitantes de este siglo; presumieron que éstos se aterraban como aquellos en viendo destruidas sus familias, los tuvieron en poco como otros europeos, juzgándolos cobardes e incapaces de disputarles el campo, y no repararon en lanzarse a todo género de abominaciones,

25 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 290.

26 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 352.

que si bien sirvieron para desmoralizar los pueblos en diversos sentidos, contribuyeron en otros para hacerse detestables, e inspirar en los más ilusos el deseo de libertarse de hombres tan orgullosos y avaros ²⁷.

En sus señalamientos, Montenegro deja entrever que la mudanza en el comportamiento del español no se había manifestado. Inamovible desde la colonia, desdecía del ímpetu y la valentía del criollo, y de los cambios que se habían incoados en el hombre americano. Era el mismo que en 1498 habían encontrado los hispanos, sin mutaciones. Contrariando esa realidad, los peninsulares terminaron pecando desmereciendo el valor guerrero del criollo.

Si midiéramos el recorrido de la narración, sustraeríamos de la gesta patriótica, en la mayoría del texto, una noción de incorrupción, estoicismo y sobrevaloración de los héroes, familiares e incluso de aquellos que asumían posiciones contrarias a las republicanas. Interesante es hacer notar que los desaciertos republicanos apenas pasan por el cernido de las valoraciones de Montenegro. Son muchos los casos, en que las acciones realistas se superponen y se soslayan persuasivamente frente a las anteriores. Véase la matanza de La Guaira, el ajusticiamiento de Piar, el decreto de Guerra a muerte, etc. Estas relaciones se hacen como alusiones sucintas y generales, sin auscultar en gran detalle, sin escarbar los hechos, sustrayendo razonamientos válidos para el autor, convenciendo a cualquier lector desprevenido.

Revisemos la llamada matanza de las misiones del Caroní:

Antes de este suceso había pasado Bolívar el Orinoco por la cabeza de la isla Bernabela, verificándolo en una curiara que le proporcionó el comandante Pantaleón Guzmán y también lo había repasado, después de haber tenido una conferencia con el general Piar y sido causa indirecta del asesinato de los misioneros reunidos en el convento de Caruache, no en virtud de orden dada expresamente para quitarles la vida, sino por la imprudencia de haber preguntado, cuando se le enteró de su arresto: "¿Por qué no los han matado?" cuyas expresiones bastaron para alentar el odio que les profesaban los indígenas y para impedir que algún otro individuo del ejército se opusiera a un hecho tan espantoso, opuesto a la proclama dada el 6 de julio en Ocumare, declarando haber cesado la guerra a muerte, y que se dolía el mismo Bolívar, pesaroso de haber hablado en aquellos términos ²⁸.

27 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 353.

28 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 371.

El pie de página de este breve más sin embargo trascendente hecho, lo desmiente Montenegro frente a la historia de Torrente arguyendo, de acuerdo a la versión del español que:

...debe calificarse como muy gratuita aquella columna, pues ni Piar dio semejante orden, ni supo de la muerte de los capuchinos otra cosa que el aviso de su desgracia (...). Entre los capuchinos catalanes cierto que había varones muy respetables, dignos de toda consideración, y aunque como se ha dicho, nunca podrá encontrarse disculpa de la muerte que se les dio, ni de la que sufrieron otros de sus compañeros, en extremo reprobables por sus costumbres, también debe asegurarse que Bolívar no dio semejante orden, ni llegó a presumir que produjeran aquel efecto unas expresiones vertidas al acaso, en que no hubo otra culpa sino la irreflexión de decirlas a presencia de personas de corto alcance...²⁹.

En ese tono continúa la explicación a pie de Montenegro, contradicción de lo anteriormente señalado en el texto central, agregando más adelante que, dado que fueron indígenas del Caroní los que presuntamente escucharon tales expresiones de Bolívar, resentidos por los malos tratos sufridos por parte de los misioneros y por el odio que se había venido gestando a lo largo del tiempo, remata diciendo que el resto de los habitantes americanos se vieron expuestos a condiciones semejantes. Finalizando que muchos de estos misioneros cuestionaron abiertamente la causa de los "independientes"... Como corolario finaliza, luego de una larga cuartilla de explicaciones retóricas a pie de página que:

...las inculpaciones que aquí se hacen a los misioneros del Caroní no se han anotado con el objeto de justificar o disculpar en manera alguna el atentado cometido contra sus personas, sino para demostrar el origen del odio que se les profesaba; interesado en que tampoco se tengan por gratuitas y forjadas para atacar su reputación.³⁰

Montenegro no se percató de semejante error, al "intentar explicar" lo inexcusable, pues no sólo cae en una crasa y "poco verosímil" justificación de la matanza de los misioneros, sino que él mismo reitera que ese agregado no se hace con la intención de inculpar a los propios misioneros de haber sido asesinados. Torpeza que expone alterando la coherencia y credibilidad del texto. Sin embargo al recurrir al *Diccionario de Historia de Venezuela*, se refieren distintas versiones sobre el hecho. Se ha hablado de órdenes

29 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 372.

30 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 373.

expresas de Piar o de Simón Bolívar; de disposiciones mal comprendidas y hasta de acciones fuera de control.³¹

Con la llegada de Pablo Morillo, el “expedicionario pacificador”, a la isla de Margarita, donde inició sus “acciones militares”, con el objeto de derrocar la fuerza del ejército republicano, se confirma la lascivia de las ejecuciones que constantemente ordenaba,

Morillo evacuó a Juan Griego en el 10, retirándose a Pampatar, después de haber destruido sus fortificaciones y mandado ejecutar maldades que horrorizan, como el degüello de un anciano pacífico del mismo pueblo, la muerte dada a dos mujeres grávidas, cuyos fetos fueron despedazados; la destrucción de los cocales y frutales que había en su recinto y en las cercanías; el incendio de las miserables canoas de los pescadores; y en fin, otras que se resisten a la creencia de los mismos que las presenciaron y que se omiten, para no fatigar la paciencia de los lectores.³²

Morillo dibuja el perfil de los venezolanos muy similar a la propuesta que hace Torrente. Como respuesta, Montenegro reacciona de manera opuesta y rotunda en todo aquello que compete a las acciones de los realistas. Antípodas demarcadas dentro de la exageración desmedida y rebuscada; funciones que el historiador en esta ocasión omite de su oficio, textualidad que por fundacional carece de parámetros; discursividad histórica, geográfica y literaria y oficio que se confunde entre el encargo, el ejercicio histórico y el hacer literario.

Sin embargo, existen “algunos testimonios”, verbigracia éste de Morillo donde ofrece una relación, un parte de guerra, de alguna escaramuza o algún encuentro, exagerando la descripción física de los guerreros, al límite de que el tamaño de los patriotas es descrito como algo casi sobrehumano, alimentando una vez más, el mito de caníbales, semihumanos, sin alma, etc., visión creada desde el otro, vigente aún en el siglo XIX,

(...) en el 28 dio Morillo otro parte al ministro de Guerra, en continuación detallada de los acontecimientos en Margarita y describiendo lo ocurrido en Juan Griego, y no es posible dejar de copia lo que este feroz general escribió entonces, asombrado del valor de aquellos habitantes. *Desde este momento, dice, presentó el ataque aquel fuerte el aspecto más espantoso; pasaban de quinientos rebeldes de la canalla más atroz y desalmada de la isla los que le defendían, hombres feroces y crueles, famosos y nombrados entre los piratas de las flecheras, el terror de las costas de Venezuela, y facinerosos, que cada uno*

31 GARCÍA, 1997, p. 189.

32 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 386.

contaba con muchos asesinatos, y estaba acostumbrado a mirar la vida y la existencia con el mayor desprecio. Estos malvados llenos de rabia y de orgullo con su primera ventaja en la defensa, parecía cada uno de ellos un tigre, y se presentaban a fuego y a las bayonetas con una animosidad de que no hay ejemplo en las mejores tropas del mundo (...) No contentos con el fuego infernal que hacían, arrojaban piedras de gran tamaño; y como eran hombres membrudos y agigantados, se les veía arrojar una piedra enorme, con la misma facilidad que si fuese muy pequeña. Fue tal el fuego, la precipitación y el encarnizamiento con que peleaban, que en medio de denso humo, de la gritaría y de las amenazas, se vio el efecto de la explosión de un repuesto de municiones, en el cual volaron algunos malvados y acabó deponer en confusión el resto, al momento mismo en que las tropas iban a asaltar el parapeto. ³³

El “pacificador” asocia la fortaleza y valentía de los criollos a los de una fiera, desprecia desde su óptica la humanidad de los republicanos, asimilándolos aún más al mito creado durante el Renacimiento de esos seres semihumanos, salvajes, feroces y crueles. Apreciación que incurre en grandes similitudes la mirada de Montenegro con relación a los realistas y sus huestes. Recurso de tal nivel de exageración que la descripción pareciera más literaria que ajustada a la realidad. No cuenta sin embargo, los desmanes que nos hace partícipe Montenegro, silenciando su propia crueldad, las degollinas y los abusos contra la población.

En el siguiente párrafo Montenegro por vez primera hace alusión a sus antecedentes realistas con la intención de otorgarle al relato “mayor” veracidad:

Aunque la matanza ejecutada por Chepito González en virtud de órdenes de Moxó, y otras violencias cometidas por este jefe, y los mismos las dispuestas por Morales, Aldama y Morillo, sean muy conocidas, no lo son sus detalles, que el autor de esta obra ha podido circunstanciar, como presidente que fue del Consejo, hasta su disolución, y comandante general de los Valles hasta fin de 1816, y gobernador luego de la Provincia de Barcelona en 1817, en cuyos amargos destinos tuvo mucho que sufrir para hacer algo por el orden y salvar a cuantos le fue posible a despecho de la arbitrariedad de aquellos jefes, contra los cuales elevó al Rey en derechura y a su Ministro de Guerra enérgicas y repetidas quejas; dándosele muy poco a que llegaran a perseguirlo por decir la verdad y como debía temerlo y se verificó al fin, perdiendo 34 años de distinguidos servicios prestados en Europa (..) sin adulación y bajezas y nunca manchados en América con las atrocidades con que hablan procurado lisonjear al soberano español otros militares elegidos por él mismo y sus ministros, no para pacificarla, sino antes bien para destruir las regiones que la forman. ³⁴

33 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, pp. 389-90.

34 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 387.

Montenegro advierte que muy a pesar que hasta la fecha laboró para los “europeos” nunca desvirtuó durante el ejercicio de sus funciones, su moral, sus convicciones y el correcto proceder con que siempre actuó, salvaguardando su responsabilidad de todo cuanto ocurrió durante esa época, ofreciéndole indirectamente al lector que repase de su propio puño los relatos narrados, a diferencia además de muchas arbitrariedades ejecutadas por sus superiores y por muchos que elegidos por el propio Rey cometían cualquier tropelía en el Nuevo Mundo. Acota sobre la expectativa que tenía de “ordenar o meter en cintura” a la provincia mientras ejercía el cargo de gobernador y de haber sido “perseguido” por haber cumplido con su deber y haber estado ajustado a los principios morales y éticos.

Pero siempre, durante el ejercicio narrativo-histórico del cuerpo textual alguna que otra historia permanece en el silencio, y toca al lector ávido y atento la rearticulación de esos hechos que se van dejando de lado, o que apenas se nominan por valoraciones que el propio autor instituye, y que en el transcurrir de la lectura resultan una verdad de Perogrullo. Es así que la relación o comentarios que hace Montenegro sobre el ajusticiamiento de Manuel Piar pasa aparentemente desapercibido, sin embargo, al cotejarlo con cualquier hecho realista es una relatoría casi secundaria por la importancia descriptiva o por la cantidad de atención que le dedica. Montenegro avala el fallo sobre la suerte de Piar. El párrafo que sigue no es lo suficientemente minucioso como para ser objeto de atención reflexiva, sirve más bien para constatar los desniveles en el abordaje de un bando o del otro. En el párrafo siguiente se observará que es más extenso el preámbulo que el acto en sí mismo:

Durante los mismos meses de agosto y septiembre, ocurrieron en Cumaná y Guayana novedades de tanta gravedad, que su trascendencia habría sido muy fatal para los independientes, si Bolívar no hubiera desplegado toda la firmeza con su carácter; y más aún, si los jefes principales que se hallaban en Angostura, no se hubieran decidido por el sostenimiento del orden y de la disciplina, alterada en la primera provincia por el General Mariño, que continuaba desentendiéndose de la supremacía de Bolívar sin dejar, no obstante, de hostilizar a los españoles. Pero mucho más por el General Piar que, aspirando al mando supremo y a no depender de persona alguna, promovió el establecimiento de un nuevo gobierno y trató de sembrar la discordia y rivalidad más injusta, cuando vio que su proyecto no tenía la acogida que deseaba. Descubierta se trasladó a Cumaná para reclutar gente con que engrosar su partido, y procuró fomentar más la desunión de Mariño, inspirándole recelos contra Bolívar, quien en consecuencia de semejante falta reunió en Angostura una junta de generales y jefes que, instruidos

con todo, reconocieron de nuevo su autoridad, impidiendo así los resultados funestos que se habrían seguido. Piar fue preso por Cedefio de orden del Libertador y juzgado en Consejo de Guerra como desertor y sedicioso; condenado a muerte y ejecutado el 16 de octubre en la misma plaza en que había entrado triunfante pocos meses antes.³⁵

De aquello otro a lo que se hace referencia pero que se lee quizás como detalle suntuario, merece la pena analizar las muchas veces que Montenegro cita la conformación de la tropa realista y la cantidad exhaustiva de venezolanos que se incorporan por creer que sus circunstancias no deben cambiar o por tener la convicción que el cambio puede ocasionar el misterio, a lo desconocido. La crueldad con que usualmente son tratados estos hombres hace pensar en la fiera con que los realistas los colocan, casi siempre en la vanguardia de los cuerpos de guerra, para que se conviertan en carne de cañón entre hermanos:

Sin decaer, con todo, el jefe español de su natural serenidad, a vista del campo de muerte en que se hallaban esparcidos más de 600 cadáveres y heridos de sus tropas y lisonjeándose, quizá, porque eran de venezolanos; advirtiendo a la vez alguna indecisión de parte de los independientes, que pudieron haberlos destruido en aquellos momentos, pues sólo habían podido seguirlo el batallón de Pardos de Valencia, el de la Unión y el 6º. Escuadrón de artillería, se resolvió a cargarlos y lo practicó con tan buen suceso, que consiguió hacerles abandonar la posición que ocupaban y que se retiraran casi en desorden, dejando en el campo, en ambos choques, sobre 200 hombres y varios despojos, y entre ellos el equipaje y correspondencia de Bolívar. Habiendo ascendido la pérdida de los realistas, en este segundo encuentro, a un número casi igual de muertos y heridos, siendo de este número el mismo Morillo, que recibió un lanzazo en el bajo vientre y se halló en la necesidad de cometer el mando al brigadier Correa y de hacerse conducir a Cura, adonde llegó La Torre con su división en el siguiente día y fue dado a reconocer como jefe de todo el ejército. Es muy notable el encargo que Morillo hizo a Correa en aquella ocasión viniéndole: *que se respetara la vida de los prisioneros*. Pero pasado el peligro que corría su existencia, volvió a olvidarse de esta inspiración de humanidad, haciendo fusilar, o ahorcar, a los que tenían la desgracia de caer en su poder....³⁶

CONCLUSIÓN

Al inicio de nuestra nacionalidad, probablemente el historiador debió ser juez que determinara lo bueno y lo malo, lo cual contribuyó a delimitar y a fundamentar la plataforma que requeríamos para pensarnos como

35 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 392.

36 MONTENEGRO Y COLÓN, 1960, p. 408.

nación autónoma, inicio que no dejaba de tener sus razones con el objeto de “impulsar” la creación de un imaginario delimitado e independiente. Referencialidad que contribuía a ensanchar y consolidar nuestro sentido de pertenencia hacia una tierra, donde coexistía un tiempo primigenio, una gesta heroica que enaltecía el patrimonio humano de nuestros antecesores, de reciente data. Sin embargo, la historia se articula de aquello que la sociedad ha formado desde el origen de los tiempos. Contar la historia es relatarla desde sí, desde la humanidad misma, y para una vez más apelar a Feliciano Montenegro y Colón requeriríamos recordar que la fuente de la que se nutre son sus propios anecdóticos, y apuntes. El haber sido actor vehemente de una época santificada en un país fracturado por la contienda de mayor dimensión del siglo XIX, que asoló y dejó sin aliento a la mayoría de la población, por sobrevivientes, que aún nos falta conocer su testimonio, a través de la documentación existente. Pese a todo ello, la crónica de Feliciano Montenegro es un texto fundacional, por cuanto visualiza por vez primera una lectura de una historia que aún transcurre a fuego y sangre. Lo que puntualiza Alcibíades, lo avalamos:

Aunque los apuntes históricos de Montenegro Colón tuvieron el plan que les confirió su autor, el hecho de que concurrieran en su auxilio (al transmitirle sus propias memorias y proporcionarle los papeles y documentos que guardaban con celo), entre otros el propio general Páez, el coronel José Félix Blanco y el prócer Francisco Javier Yanes, hablan de la necesidad que había de construir una historia que reivindicaba sus propias particularidades, su distancia de espacios continentales vecinos.³⁷

Para finalizar y para reincidir sobre el tema que hemos estado tratando en las líneas anteriores, en torno a la crueldad y a la violencia, éstas convergen finalmente en puntos encontrados entre uno y otro personaje. La noción maniquea de la historia no consiente otras valoraciones sino las que se manifiestan en el propio texto, y que en algunas ocasiones semeja a una relatoría que responde a un texto anterior, otras veces funge como un compendio de citas y fuentes textuales que le otorgan seguramente credibilidad y exactitud en tanto a los datos, número y algunos detalles que entre lo exhaustivo, en ocasiones pierde la visión general y totalizante de la época, pues la actualidad probablemente no le permite al autor “extrañarse”, o lo que es lo mismo “distanciarse” de la historia que apenas ha transcurrido y que se desarrolla cabalgando con el tiempo.

37 ALCIBÍADES, 2004, p. 120.

Crueldad que deviene en la pérdida del entendimiento entre las partes, por la desventaja de un bando frente a otro, herencia de los resentimientos históricos y por la lucha de un conjeturado “ideal”. Violencia entendida como instrumento para alcanzar un objetivo, devastación de un territorio, de una población a cuenta de una independencia reñida a horcajadas. Valdría preguntarse, ¿cambió la guerra la estructura colonial? Lo demás es la visión del autor, sus detalles escrutadores sobre la acción realista, filigrana que teje a lo largo de todo el texto. La otra historia, la republicana se justifica, se argumenta, se alega, se explica y se soslaya, minimizando lo embarazoso, exaltando la gesta heroica.

Especial atención merece la lectura simultánea y paralela del recurso que hace uso de manera casi indiscriminada el autor para explicar y para extenderse desde su voz como Feliciano Montenegro y Colón, a través de los pie de página. Ahí advertimos de su malestar con el texto de Torrente, de su vehemencia en desmentir cifras, a través de los testimonios que aclara de modo reiterado. Ahí inserta sus crónicas casi personales, los registros y partes de guerra, entre otros detalles, ahí se concluye que la historia también en una preciosa parcialidad.

REFERENCIAS

- ALCIBÍADES, Mirla. 2004. *La heroica aventura de construir una república: familia y nación en el ochocientos venezolano (1830-1865)*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana y Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos”.
- CARRERA DAMAS, Germán. “Siglos XIX-XX”. En: *Diccionario de Historia de Venezuela*. 1997. Caracas: Fundación Polar, 2da edición. Tomo 3.
- GARCÍA, Sonia. 1997. “Siglo XIX”. En: *Diccionario de Historia de Venezuela*. Caracas: Fundación Polar, 2da edición. Tomo 3.
- MIJARES, Augusto. 1962. “La evolución política de Venezuela (1810-1960)”. En: *Venezuela independiente*. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza.

- MONTENEGRO Y COLÓN, Feliciano.** 1960. *Historia de Venezuela.* Estudio preliminar de Alfredo Boulton. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- PINO ITURRIETA, Elías.** 2003. *Las ideas de los primeros venezolanos.* Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- VALLENILLALANZ, Laureano.** 1952. *Cesarismo Democrático. Estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela.* Caracas: Tipografía Garrido.